

La muerte urgente de arrancarle trata,
Sin que un instante detenerla pueda:
Toda la eternidad solo le queda.

¡Era para esto ¡ó Dios! era para esto,
Que á los mortales en la tierra has puesto?
¡Y qué estado, Señor, para morirse,
Y al tribunal divino dirigirse?
No, mi Dios; desde hoy en adelante
Seré de tu bondad único amante.

No merecen el mundo y sus pasiones,
Ni mis afectos ni mis atenciones;
Que le sigan los ciegos que se ofuscan:
Los que con vista estan, nunca le buscan.

Pero ¡ay! que solo puede la experiencia
Enseñar á los hombres esta ciencia.

¡Y quién mejor que yo la ha descubierto?
¡Feliz! pues que los ojos me has abierto.
Bien sé que un dia me será forzoso
Abandonar un mundo peligroso;
Mas no debo aguardar á que él se aleje,
Quiero ser el primero que le deje.

Es verdad que me tiene en él mi estado,
Pero mi corazon se ha separado:
Viviré en él como si no viviera.

¡Y qué cristiano, si lo considera,
Y del mundo está ya desengañado,
Cuando Dios á habitarle le condena,
Vive sin susto en él, muere sin pena?
¡Santo Dios! á quien hice tanto ultraje,

Ya renuevo el empeño que contraje
En las sagradas aguas del bautismo,
Y yo renuncio al mundo y á mí mismo.

POEMA VII.

LA FE.

PARTE PRIMERA.

Dios por una bondad de preferencia
En medio de la fe nos ha criado,
Y con su santa luz nos ha alumbrado
Por nuestros padres, cuya fiel creencia
Ha pasado á nosotros como herencia.
No ignoramos, que bien tan soberano
Solo es debido á la divina mano,
Y que infinitas gracias le debemos;
Mas quizá no sabemos
Cuánta dicha es guardar una fe pura,
Y los inmensos bienes que procura:
Quera el cielo alumbrar nuestro juicio,
Para estimar mejor su beneficio.
Luego que de la fe la luz obscura
El corazon de un fiel ha penetrado,

Al instante con vínculo sagrado
Se une á la Iglesia, que es su madre pura.
El bautismo este vínculo le sella,
Y por cristiano ya le reconoce
La Iglesia, y por su miembro le conoce,
Y es la fe quien lo tiene unido á ella;
Porque sin fe en la Iglesia, qué seria
Sino monstruo de infiel alevosía,
Un extrangero, miembro gangrenado
De su sagrado cuerpo separado,
Oveja descarriada y vagabunda,
Que del lobo rapaz es presa inmunda,
Que dejó su pastor por un extraño,
Abandonando su natal rebaño?

Pero cuando sus rayos luminosos
Con corazon humilde ver merece,
Entra en la sociedad de los dichosos,
A la santa nacion ya pertenece,
De la divina Iglesia es miembro vivo,
De Dios se hace tambien hijo adoptivo;
Y si mantiene pura su conciencia,
Tiene derecho á la celeste herencia.

Que otros se jacten pues de haber nacido
Sobre el trono de un rey esclarecido,
O en los grandes palacios de la tierra;
En quanto á mí, mi vanidad se encierra,
En ser cristiano humilde y sometido,
En que fuí por la Iglesia recibido,
Y que por hijo suyo me ha adoptado;

Porque con esto vivo asegurado
De que marchando voy por buen camino,
Y que podré con próspero destino
Llegar á el fin para que fuí criadó.

Aunque la senda de la fe es obscura,
En derechura hácia los cielos guia,
Y cualquier otra via
Es peligrosa, es falsa, mal segura,
Y conduce sin falta al precipicio.
Puede ser que haya gentes de juicio,
Que de la fe no tengan la luz pura,
Y que vivan huyendo todo vicio,
Llenas de probidad y de cordura;
Que se ocupen en obras muy piadosas,
Y derramen limosnas muy cuantiosas:
Todo esto es bueno en sí, todo estimable;
Mas falta un requisito indispensable,
Y es que á la fe rendidos se sujeten;
Y sus misterios tímidos respeten.

Sin fe mérito no hay, ni recompensa;
En vano suda quien hallarla piensa:
Obras grandes se harán muy generosas,
Pero inútiles todas é infructuosas;
Frutos hermosos, mas que estan vacíos,
Porque á la fe no deben sus rocíos.
En vano pues glorificarse intenta
Quien estas obras sin la fe presenta.
El Evangelio le ha desengañado,
Diciendo: El que no cree ya está juzgado.

Tambien el grande Apóstol le condena,
 Cuando le dice: Sin la fe sagrada
 Ningun acto exterior á Dios agrada;
 Y el mismo Jesucristo ya le ordena
 Mirar como gentil y publicano
 Al que con poca fe, soberbia mucha,
 La Santa Iglesia que fundó, no escucha:
 Fuese muy generoso, muy humano;
 Fuese tan penitente, tan severo
 Como el anacoreta mas austero;
 Fuese tan entendido é ilustrado
 Como es el serafin mas elevado.

¡ Ah! ; cuál será la pena y agonía
 Del hombre miserable, que engañado,
 De la fe y de la Iglesia separado,
 Delante del Señor se verá un dia!
 El infeliz creía
 Un tesoro inmortal haber juntado;
 Y allí desengañado,
 Hallará que su mano está vacía.

¡ Qué distinta será la suerte mia!
 Pues si la antorcha de mi fe sagrada
 Ha sido por las obras animada,
 No habrá deseo mio, no habra anhelo
 Que no sea contado para el cielo.
 Toda accion por mi fe bien dirigida
 Será escrita en el libro de la vida;
 En fin, no habrá obra mia, ni talento,
 Que allí no me produzca mas de ciento.

Pues que la fe mi espíritu gobierna,
 Tengo en todas mis dudas regla eterna.
 ¡ Cuántas veces, en cuántas ocasiones
 Ocurro por calmar mis turbaciones
 A buscarla con ansia presurosa!
 Mi razon siempre inquieta y curiosa,
 Quiere sondar misterios infalibles,
 Pero á su débil vista inaccesibles:
 En tal perplejidad que luz no tiene,
 Se agita á cada paso, se detiene,
 Una tiniebla á otra tiniebla junta,
 ¡ Por qué esto? ¡ cómo aquello? se pregunta.

Si consultar quisiera mi sentido,
 Me encontraria incierto y confundido;
 Pero llamo á la fe, y ella me instruye:
 Mi inquietud al instante se destruye,
 Mis dudas huyen y se desvanecen,
 El cómo y el por qué desaparecen,
 Mi razon se somete sin capricho.

¡ Por qué? Porque el veraz Señor lo ha dicho.
 ¡ Cómo? Como la Iglesia lo ha enseñado.
 Con esto solo quedo sosegado:
 Dos oráculos son, ambos responden;
 Dicen lo que es, aunque su fondo esconden.

Muchas veces espíritus violentos,
 (De estos se encuentran muchos en el mundo),
 Atormentan sus propios pensamientos,
 Queriendo examinar lo mas profundo,
 Y proponen cuestiones intrincadas.

Sobre materias altas y elevadas.
 Si fuera la razon mi única guia,
 Yo con ellos allí me perderia;
 Mas me abrazo de la egide divina:
 Corro á la fe, me explica su doctrina,
 Lo que la santa Iglesia ha declarado;
 Y este divino oráculo sagrado
 Sosiega mi razon, mis labios sella:
 Ni quiera Dios, que yo sepa más que ella.
 Hasta en la misma Iglesia tal vez nacen
 Disputas y cuestiones encendidas,
 Por contrarios partidos sostenidas,
 Que encontrar la verdad difícil hacen:
 Si yo con mi razon quiero buscarla,
 ¿En dónde podré verla? ¿dónde hallarla?
 En las dos encontradas opiniones
 Se ven autoridades y razones,
 Ilustres sabios á las dos defienden,
 Y estar por la verdad todos pretenden;
 ¿Quién me podrá guiar? Mi razon calla:
 La fe pudiera... pero ¿dónde se halla?
 Todos dicen tambien que la fe tienen,
 Que se batén por ella, y la sostienen.
 En este apuro tomo mi partido,
 Y me acojo á la Iglesia sometido;
 De los pastores el partido sano
 Unido con su Gefe soberano,
 Son mi oráculo, son mi unica guia;
 Toda otra secta para mí es impia,

Si no está unida con la Iglesia santa,
 ¡Fe divina! mi voz tu elogio canta,
 Tus infalibles luces tranquilizan
 Las dudas que mi pecho martirizan,
 Tú me sacas de muchas afficciones,
 Y me regalas con tus dulces dones.

Cuando me afligen devorantes penas,
 Tú endulzas su rigor, tú me serenas,
 Porque es fuerza decirlo, hay ocasiones,
 En que tan fuertes son las tentaciones,
 Que sin la Religion, que fiel le guia,
 Víctima el hombre de su mal seria.
 En vano, cuando al alma la desola
 Un agudo pesar, la razon sola
 A persuadir al corazon vendria,
 Que las cosas humanas son instables,
 Y los bienes del mundo despreciables.
 Esto pronuncia una alma que no siente,
 Pero no sana al corazon doliente.

PARTE SEGUNDA.

EN vano una falaz filosofia
 Con su doctrina impía
 Y sus pomposas máximas viniera
 A decirme que al sabio nada altera,
 Y que debe con pecho altivo y fuerte
 Dominar los sucesos y la muerte;
 Retírate de mí, no te oigo nada,

Consolador insípido y grosero ;
 Déjame mi dolor, déjale entero :
 El me mata cruel, pero me agrada ;
 Y tú en vez de endulzarle le enfureces
 Con el débil consuelo que me ofreces.

En vano mis amigos officiosos
 A consolarme corren presurosos ,
 Mostrando que á mis males son sensibles ,
 Me ofrecen cuantos medios son posibles ;
 Yo los oigo con triste deferencia ;
 Pero me habla el dolor con mas violencia ,
 Encuentro sus palabras muy vacias ,
 Y al fin me quedo con las penas mias.

No es así si la fe brilla en el alma :
 Ella templá el dolor, inspira calma ,
 Y consuelos muy sólidos ofrece ,
 Porque sabe que sufre y que merece.
 Espera que su afán y desconsuelo
 Puedan ser un camino para el cielo ,
 Que con su pena expia su pecado ,
 Que puede apaciguar á un Dios airado ,
 Y en razon de sus males bien sufridos
 Hallar lugar entre los escogidos.
 Con esta luz que el corazón alcanza ,
 Entreve una vislumbre de esperanza ,
 Y á pesar del pesar y su violencia
 Sabe hallar el valor de la paciencia.
 El mal pierde con esto su amargura ,
 Poco le falta para ser dulzura.

¡ O fe santa ! ¡ cuánto eres poderosa !
 Tu fuerza portentosa
 Mi débil corazón ha transformado :
 Tú me muestras un Dios crucificado
 Para ser mi modelo ; yo le adoro :
 Tú me haces ver la cruz como un tesoro ;
 Yo la abrazo con ánimo sincero :
 La gloria celestial, y yo la espero.
 Solo ideas tan altas y elevadas
 Pueden calmar las ondas agitadas
 De un corazón, y el mar de sus desvelos ,
 Mudar en un torrente de consuelos.

Acaba pues, ó fe, don inefable ,
 Esta obra saludable ,
 Y despues de haber sido esclarecida ,
 Mi consuelo en las penas de mi vida ,
 Ven á ayudarme en mi hora postrimera ,
 En que te necesito toda entera.
 Yo lo espero de tí, tu auxilio es fuerte
 Como en la vida, á la hora de la muerte.

Es en tí solamente, Dios amable ,
 En tu misericordia inagotable ,
 Que mi doliente corazón confía ;
 No ignoro que he abusado
 Con tenaz y traidora alevosía ;
 ¡ Pero cuántos también te han ultrajado ,
 Y la paz y el perdón han encontrado ,
 Que su dolor con ansia te pedía ?
 Es en tí solo, Redentor divino,

En quien fia mi sólida esperanza ;
 El nombre de Jesus todo lo alcanza :
 Tú eres la guia , tú eres el camino ;
 Feliz mil veces yo , pues mi destino
 Depende de tu amor ; ó Dios inmenso !
 ¿ Cómo no he de esperarle , cuando pienso
 En todo lo que hicistes amoroso
 A fin de que el mortal sea dichoso ?
 Cuando yo te contemplo en el Calvario
 Haciendo el sacrificio necesario ,
 Para salvarle del terrible infierno ;
 Cuando te miro compasivo y tierno
 Derramar en la cruz tu sangre pura ,
 Y sufrir tanto horror , tanta amargura
 Para lavarle del fatal pecado ;
 Cuando veo tu pecho traspasado ,
 Que está herido y abierto
 Para abrigarle en él como en un puerto ;
 Y cuando entrando en tu sagrado templo ,
 Atónito contemplo ,
 Que en la santa y divina eucaristía
 Te ofreces nuevamente cada dia ,
 Para obtener de Dios y su clemencia
 Las gracias del perdon y penitencia ;
 ¿ Cómo mi corazon , aunque culpado ,
 Viendo en tí tanto amor , tantas finezas ,
 No aguardará tranquilo y confiado
 El perdon de sus miseras flaquezas ?
 Bien sé , Señor , que á fin de que no sea

Mi confianza vana y presuntuosa ;
 Debo con alma firme y generosa
 Hacer las obras que tu amor desea ,
 Correspondiendo yo con eficacia
 A los santos impulsos de tu gracia ;
 Pero ya estoy resuelto , Jesus mio ,
 A sujetarte todo mi albedrío.
 Desde hoy mi voluntad , ántes tan ciega ;
 Abandona su error , y á tí se entrega ,
 Porque en mi auxilio tus influjos veo ,
 Y tú mismo me inspiras el deseo.
 Léjos de que consigan mis pecados ,
 Aunque tan grandes y multiplicados ,
 Arrancar de mi pecho la esperanza ,
 Ellos animarán mi confianza ,
 Y te diré con ansia reverente ,
 Imitando al Profeta penitente :
 Perdónalos , Señor , como tú sabes ;
 Porque son muchos , porque son tan graves ,
 Porque son sin medida y desusados :
 Cuanto mayores son mis atentados ,
 Y cuanto mas me aflige su memoria ,
 Tanto es mayor el triunfo de tu gloria.
 Dios de misericordia , Padre amante ,
 Haz pues , que mi esperanza sea constante ;
 Que los hombres , el mundo , sus errores ,
 Y de todo el infierno los horrores
 No puedan alterarla ni un momento ;
 Que el último suspiro de mi aliento ,

Por la dulce esperanza conducido,
 En tu trono inmortal sea ofrecido,
 Y me sostenga en estos cortos días
 Para hacerme violencia,
 Y aspirar á las santas alegrías
 Que prepara á los justos tu clemencia.

¡ O cielo ! digno fin de mi deseo,
 Sed el único objeto, único empleo,
 La ocupacion continua de mi vida;
 Consuela mi esperanza enardecida,
 Miétras la Providencia me destierra
 En la mansion infausta de la tierra.

Dios, que me inspiras estas intenciones,
 Oye y bendíce mis resoluciones.
 En tí solo se fija mi confianza;
 Y pues esta virtud todo lo alcanza,
 Yo te diré con humildad profunda:
 En tí esperé, Señor, no me confunda.
 Cuando me halle mas triste y afligido,
 Cuando todos me crean ya perdido,
 Entónces crecerá mi confianza;
 Sé que á los hombres de probar no cesas,
 Yo mantendré fiado en tus promesas,
 Esperanza, Señor, contra esperanza.

Mis culpas mismas, pues que ya las lloré,
 Me affigirán, mas sin desalentarme,
 Y el temor del Señor, otro tesoro,
 De la esperanza no podrá privarme;
 Mas los dos con recíproco concierto

Me llevarán de la salud al puerto.
 En fin, porque sin ansias ni zozobras
 Pueda existir, miétras mi vida dure,
 Procuraré con las cristianas obras
 Hacer que mi esperanza se asegure:
 Bien sé que en tí, Señor, puedo fiarme;
 Pero que en nada debo descuidarme.

POEMA VIII.

LOS FRUTOS DE LA FE.

PARTE PRIMERA.

Y o muero con la fe, dirá sereno
 El cristiano feliz; muero en el seno
 De la Iglesia, mi Madre, y cuando espiro,
 La consagro hasta mi último suspiro.
 Recibe, fe divina, mi homenaje,
 Y expie yo con él todo el ultraje
 Que te he podido hacer, y ya me pesa;
 Mi corazon ardiente te confiesa
 Del alto cielo soberana guia,
 Y el único camino que á Dios guia.
 Si esta declaracion te es gloriosa,
 ¡ Cuánto al alma que la hace, es mas dichosa ?

La misma Iglesia cree que la fe santa
Puede dar al que muere fuerza tanta,
Y obligar tanto á Dios que le perdone,
Que en la oración postrera que propone,
Para auxiliarle en tan terrible estado,
Le recuerda la fe que ha profesado.

Dios de misericordias, ella clama,
Ve aquí una alma que ya la muerte llama,
Y que va á parecer en tu presencia:
Tiene temor, implora tu clemencia.
Acuérdate, Señor, que en sus desvíos,
A pesar de sus muchos desvaríos,
Supo pura guardar la fe adorable.

Trinidad sacrosanta é inefable,
Padre, Hijo y Espíritu divino,
Uno en esencia y en personas trino,
Aceptad de su fe la oblacion tierna,
Y dadle por piedad la vida eterna.
Añade como casi asegurada:
Sal, alma, sal del cuerpo confiada;
De tus culpas el número te acusa,
Mas la firmeza de tu fe te excusa,
Unida con la santa penitencia.
Del Señor ha obtenido la clemencia,
Y ya al cielo ha volado exhalada,
Para buscar asiento en su morada.

Bien sé, mi Dios, que la mayor fortuna
Es obtener la fe desde la cuna,
Y haber nacido en país cristiano,

Donde la graba tu divina mano;
Ser hijo de la Iglesia reverente,
Y haber bebido en su divina fuente
Las primeras sagradas impresiones,
Para apreciar tus soberanos dones.

Pero no basta creer lo que ella ordena;
La fe impone también obligaciones,
Y el cristiano enlazado en su cadena,
Rendido á sus preceptos se somete,
Y llena de respeto, de amor llena,
Hacer lo que ella manda le promete.
El hombre ha contraído grande empeño,
Y se debe aplicar al desempeño.
Cuando la fe se explica, él enmudece;
Mas también cuando manda, él obedece.

Si es infiel quien el dogma no respeta,
También lo debe ser el temerario,
Que al orden que ella da no se sujeta:
Unir lo uno con lo otro es necesario,
Y entre cristianos es máxima cierta,
Que la fe sin las obras es fe muerta.

¡O Dios! ¡Autor consumidor divino
De la sagrada fe! que habeis dignado
De haberme con su luz iluminado,
Sírvete de enseñarme este camino.
Añadidme este rayo luminoso,
Rayo con que mi pecho fervoroso
A la fe toda entera satisfaga,
Que el dogma crea, y que las obras haga.

La fe nos pide sumision rendida,
 Ciega, y al mismo tiempo esclarecida;
 Pero con caracteres diferentes
 Segun los casos y segun las gentes.
 Los cristianos que estan poco instruidos,
 Y que son de la Iglesia hijos queridos,
 Se sujetan con dócil obediencia
 De su Madre la Iglesia á la creencia;
 Y la fe la, requiere de tal modo,
 Que deben ciegos someterse á todo
 Lo que la santa Iglesia les pronuncia.
 Al que en alguna cosa la renuncia
 La fe le desconoce, le amenaza,
 Y con sus anatemas le rechaza.

Desde entónces infiel es á sus ojos,
 Es una oveja indócil y obstinada:
 Infeliz, pues si muere descarriada,
 Del lobo robador son sus despojos;
 Una piedra de escándalo mal justa,
 Que entrar no puede en la fachada augusta
 De la inmortal Jerusalem celeste;
 Miembro podrido que por mas que cueste,
 Es preciso cortar, porque el veneno,
 Con que respira su alevoso seno,
 A otros no comunique y los infeste.

Hay otra sumision firme y estable,
 Que es tan entera, tan incontrastable,
 Que con valor lo sacrifica todo,
 Por no herir á la fe de ningun modo;

Bienes, salud, honor y hasta la vida
 Cuando se halla la fe comprometida,
 Todo se arriesga, todo se aventura,
 Porque quede la fe constante y pura,
 Y en medio del estrago y la ruina
 La fe triunfante próspera domina.

Pero la sumision mas dulce y tierna
 Es la del alma persuasion interna;
 El corazon la rinde su homenaje,
 Ofreciéndola humilde vasallage.
 La fe nos manda con tan alto imperio,
 Que cuando ella propone algun misterio,
 Debemos ofrecerla con gran calma
 La persuasion mas íntima del alma,
 Nuestros mas interiores pensamientos,
 Y hasta del corazon los sentimientos.

No puede tolerar la indiferencia,
 Ni la puede bastar la deferencia.
 Que solo ofrece tímida la mano;
 El corazon tambien pide al cristiano.
 ; O fe divina ! ; Iglesia iluminada !
 Que mi mano derecha sea cortada,
 Si ella graba jamas indignamente
 Lo que tu luz sagrada no consiente;
 Y que mi lengua al paladar pegada
 Se vea para siempre desecada,
 Si alguna vez intrépida pronuncia
 Palabras que tu espíritu renuncia.
 La Religion enseña á hablar muy alto,

Y no á disimular por sobresalto.
 A morir con valor la fe me empeña,
 A abjurar su verdad jamas me enseña.
 La fe que sufra tanta alevosía,
 No está por la verdad; yo la diría:
 Anda que no eres tú la fe cristiana;
 Yo estimo mas la probidad pagana.

Mas todavía á sumision tan pura
 Debe añadir el alma su ternura.
 Si con amor un padre nos gobierna,
 Le damos obediencia pronta y tierna,
 Y la aficion piadosa que nos guia,
 Nos hace obedecer con alegría.
 La Iglesia es nuestra Madre; ¿quién lo ignora!
 Lo dice el labio, el corazon la adora.
 ¡Madre divina! ¡Iglesia sacrosanta!
 ¿Qué madre mostró nunca aficion tanta?
 ¿Quién mejor este nombre ha merecido?
 ¿Y cuántas veces nuestra Madre has sido?

En Jesucristo tú nos engendraste,
 Para él y para el cielo nos formaste,
 Y enlazados contigo en dulces lazos
 Nos pusiste al nacer entre tus brazos.
 Con tu divina leche nos criaste;
 En nuestras hambres nos alimentaste
 Con el pan celestial, manjar sagrado;
 En nuestra sed nos has desalterado
 Con el licor divino y verdadero,
 Que es la sangre preciosa del Cordero.

Tú nos has enseñado el buen destino,
 Guiándonos piadosa en el camino;
 Tú me llamabas cuando me perdía,
 Recibiéndome bien cuando volvía,
 ¿Qué oraciones! ¿qué ruegos encendidos
 Al Señor por nosotros ofrecidos!
 ¿Qué sacrificio sobre sus altares!
 No hay socorro que tú no nos prepares.

PARTE SEGUNDA.

PERO no para en esto tu desvelo;
 Pues habiendo por dicha en tí nacido,
 Tú pretendes con celo enardecido
 Salgamos de tus brazos para el cielo.
 Tú quieres presentarnos por tu mano
 A la bondad del Padre soberano,
 Y hacer que de tus ruegos la eficacia
 Excite su piedad á hacernos gracia.
 ¡O dulce Madre! como tal te aclamo:
 ¿A quién pudiera amar, si no te amo?
 ¿A quién mi corazon darse quisiera,
 Si á tí, Madre adorable, no se diera?
 Sí, Madre, te lo doy, y todo entero;
 Con toda mi alma, con ardor sincero
 Te ofrezco mis afectos inmortales.
 ¿Qué pruebas puedo darte? ¿qué señales?
 Bien sé que la mayor es la del cielo;
 Mas ¿quién no le tendrá cuando es cristiano?

Nada le da á la fe tanto consuelo,
 Porque es prueba de amor y de desvelo.
 Pero ¡ en cuántos, ó Dios, el celo es vano!
 Todos dicen tenerlo y lo imaginan;
 Pero muchos, si atento lo examinan,
 Podrán tener activas inquietudes,
 Y alguno habrá que de su error se asombre.
 Todos somos cristianos en el nombre,
 ¿ Mas lo somos tambien en las virtudes?
 Todos de nuestro celo respondemos,
 ¿ Mas podemos probarlo? Examinemos.

¡ Ay Dios! ¡ cuánto recelo en este abismo
 Mi propia confusion hallar yo mismo!
 La fe tiene preceptos, ¿ los guardamos?
 Leyes tiene tambien, ¿ las respetamos?
 Prácticas religiosas, ¿ las hacemos?
 Si estas tres cosas juntas las tenemos,
 Podemos esperar con gran consuelo,
 Que Dios nos da, y que tenemos celo.

La fe tiene sus menguas y sus creces; O,
 A veces sube, pero baja á veces.
 ¿ Tomamos en sus males pena activa?
 ¿ En sus consuelos alegría viva?
 ¿ Y nuestro corazon procura fuerte
 Con sus esfuerzos mejorar su suerte?
 Este es el celo que la fe autoriza,
 Y que Dios en los hombres canoniza.

La fe tiene enemigos poderosos,
 Y cuando sufre ataques peligrosos,

¿ Nuestro celo combate, ó triste llora?
 ¿ El celo de su casa nos devora?
 Y cuando nuestro estado no permite
 Que nuestro pobre labio se ejercite
 En servirla en alguno de los modos,
 Porque hablar por la fe no es dado á todos,
 A lo ménos ¿ se ocupan sus fervores,
 En levantar al cielo sus clamores,
 Implorando con ruegos su asistencia,
 En pedir por sus fuertes defensores
 En rogar que contenga la violencia,
 Y de los enemigos los furores?

Dime tambien: ¿ cuándo Josué combate,
 Y con su brazo intrépido los bate,
 Montas como Moises á las alturas,
 Y levantas al cielo manos puras,
 A fin de que el Señor su brazo extienda,
 Que mire por su causa, y la defienda?

¿ O fe santa! en los siglos primitivos
 Veias en tus hijos adoptivos
 Este celo eficaz en que se ardian
 Cuando su sangre alegres te ofrecian.
 ¿ Mas dónde está su llama abrasadora?
 ¿ Qué es lo que yo por tí hice hasta ahora?
 ¿ Oh, plegue al cielo que de aquí adelante
 Te siga siempre con ardor constante,
 Corrigiendo mi antigua indiferencia!
 El baldon interior de mi conciencia
 Debe serme bastante,

Para que tú me arrastres sin violencia.

La postrera oblacion muy preciosa,

Que se debe á la fe son obras buenas.

Las obras y la fe son las cadenas

Con que se enlaza el alma virtuosa :

Estas las basas son en que reposa

La Religion, para mostrarse entera.

La fe sin duda alguna es la primera ;

Mas las obras tambien son las segundas,

Y es el celo eficaz quien las concierta.

Las obras sin la fe son infecundas ,

Y la fe sin las obras es fe muerta.

El árbol se conoce por el fruto ,

Decia el Salvador, y el buen cristiano

Se debe conocer por el tributo

De las obras que paga el Soberano ;

Sin que el labio se explique, sus acciones

Probarán de su fe las intenciones.

No está escrita la fe sobre su frente ;

Mas su conducta pura y estimable ,

Sus costumbres dirán continuamente ,

Que la respeta, y hace respetable.

Hay virtudes, que son su claro indicio.

El temor del Señor, reglada vida,

Caridad para el prójimo encendida,

Amor de la virtud, horror del vicio,

Y de obras buenas práctico ejercicio :

Ve aquí la mejor prueba, mas segura

De que habita en una alma la fe pura.

Mas ¡ ay ! si con mis obras contradigo

Lo que la fe nos manda ; este testigo

Prueba claro , que léjos de tenerla ;

La deshonor , y estoy para perderla.

¡ Para perderla ! sí ; pues no es extraño ,

Que el que vive en el vicio y el engaño ,

Llegue por fin impávido á arrojarla.

Y por lo ménos ; no es aventurarla

Exponerse á peligros , en que corre

Riesgo la fe , si Dios no la socorre ?

¡ Se dirá que es sentir todo su precio ,

Entablar amistades perniciosas

Con personas que son irreligiosas ?

¡ Escuchar con placer, y hacer aprecio

Del loco, que la trata con desprecio ,

Y sin ver con horror su desvario ,

Oir con risa su discurso impío ?

¡ Cebarse en la lectura prohibida ,

Lo que muestra la fe ya corrompida ,

O preferir á las lecturas sanas

Las mas lascivas y las mas profanas ,

En las que si la fe no se marchita ,

A lo ménos se empaña y debilita ;

Y por fin con intrépida indecencia ,

Sin guardar á la fe la reverencia ,

Con atrevido y temerario modo

De todo hablar, y decidirlo todo ?

A vista de este error, de abuso tanto ,

¡ Cómo extrañar podemos su quebranto ?

¿Cómo fuera posible mantenerla,
Tomando tantos medios de perderla?
Jesus en otro tiempo preguntaba,
¿Si cuando el fin del mundo llegaria,
Mucha fe entre los hombres hallaria?
¿Pero por qué hasta entónces aguardaba?
Divino Salvador, ¿si ahora vinieras,
Mucha fe entre nosotros ver pudieras?
¡Ah! no me quites este don divino,
No me apagues la luz en el camino,
No me prive tu dulce providencia
De esta parte preciosa de tu herencia.
Castigame, Señor, esto es muy justo;
Mas no me des la pena, ni aun el susto,
De que pueda jamas la fe sagrada
De mi fiel corazon ser arrancada.

Gracias te doy, Señor, de que tus luces
Me diste, y que por ellas me conduces
Con preferencia á tantos, cuya suerte
Es gemir en las sombras de la muerte.
¿Qué hice para obtener don tan sublime?
Oh cuánto es bien que mi razon lo estime!
Y que mi corazon con ansia tierna
Te ofrezca amante gratitud eterna.

POEMA IX.

LA DIGNIDAD DE CRISTIANO.

PARTE PRIMERA.

TÍTULO no hay tan grande y soberano,
No hay don tan inefable y tan sublime,
Ni nombre que un cristiano tanto estime,
Como el divino nombre de cristiano.
La fe santa al cristiano reverencia,
Y le ve el mismo Dios con complacencia.
Esto lo manifiesta en los honrosos
Timbres ilustres, dones prodigiosos,
Con que le honra su gran magnificencia;
En la alta dignidad de su modelo,
Que es el que debe dirigirle al cielo;
En que tan alta mira le permite,
En que tan alto anhelo en él existe;
Y en fin, para decirlo sin tardanzas,
En la grandeza de sus esperanzas.
Por estos rasgos conocer podemos
Lo que ya somos, lo que ser podemos.